

RELEGADOS

POCO DESPUÉS de su viaje nupcial y hasta 1859, Maximiliano y Carlota residen en Milán. Se ha nombrado al Archiduque gobernador de la Lombardía, un pequeño reino entonces dependiente de Austria.

Después, viene un descenso. Los patriotas italianos se sublevan y Austria es arrojada de Lombardía, a lo que no es ajeno Napoleón III. Se ve así privado el príncipe austriaco de su mando y es entonces cuando piensa en un refugio, construyendo Miramar.

El no sufre por aquella degradación. Es más: se siente liberado y concibe la erección de aquel bellissimo castillo en los acantilados del Adriático en Trieste. Allí plantará jardines, tendrá libros, estatuas, cuadros. Se rodeará de lujos y comodidades. Su habitación y su estudio serán de ensueño, con vistas por entre flores y enredaderas, hacia el mar. ¡Un paraíso de paz y de belleza!

Allí, en Miramar, lo descubrirá Napoleón III como el príncipe que más condiciones reúne para servir a sus planes. Y allí también lo encontrarán los emisarios mexicanos que van a ofrecerle un trono. Dentro de la vasta biblioteca inundada de sol y olorosa a sales marinas, aprenderá el español junto con Carlota que en 1863 ya respira triunfante al saberse futura Emperatriz!

Y en las mesas de su estudio se amontonarán los textos de la historia mexicana que por más turbulenta que aparezca a sus ojos, nunca podrá medir desde la distancia en toda su punzante realidad.

También allí leerá por primera vez el nombre de Juárez, verá su rostro cuadrado de bronce y sus ojos pequeños de fulgurante negrura. Un indio adusto, inmutable, un abogado de humildísimo origen que fue pastor de ovejas de niño y aprendió a leer a los doce años, llegando hasta a gobernar su Estado de Oaxaca. Es el Presidente de una República que a él le han pedido reemplazar con un Imperio; y que, según los emisarios mexicanos, ya no existe pues en la capital de México, ya funge como gobierno una Regencia, mientras llega el Emperador.

Mira la imagen de Juárez con curiosidad y extrañeza, pero aquel indio no le es antipático ni repugnante, a pesar de que lo considera su más importante enemigo. Con su bondad innata, con su trágica ignorancia de la humanidad, ya sueña con atraerlo a su lado, con unirse a él en una imposible concordia que fusione la monarquía y la república. Desde la fragata *Novara* que lo llevará junto a Carlota a Veracruz en abril de 1864, ha de escribirle una carta invitándolo, ¡oh iluso! a una conciliación para bien de México. Durante los tres azarosos años del Imperio, tratará en todas las formas de conquistar al intransigente zapoteca; lo invitará que venga al Palacio Imperial, tal vez pensando en la posibilidad de que acepte algún alto nombramiento. Lo admirará públicamente y se mostrará casi tan liberal como el señero patriota mexicano cuando, lejos de abolir las Leyes de Reforma y restituir los fueros y los bienes al Clero, apoya la separación de la Iglesia y del Estado. Su sentido de apreciación falla como en todos sus actos de gobierno. No sabe hasta qué punto su pro-

posición es inadmisibile para aquel espíritu indomable en quien germinaba ya la simiente de una nacionalidad. Juárez no transigirá jamás porque dentro de su conciencia cívica no cabe la idea de que la patria que él está formando después de cincuenta años de luchas fratricidas, de anarquía y desorden inenarrables, sea gobernada por un extranjero.

Si Juárez no hubiese existido, tal vez el destino trágico de Maximiliano habría sido otro. Pero todo parece confabularse contra él, hasta la existencia milagrosa del estoico ex-pastor de ovejas en cuyas venas corre la sangre de Cuauhtémoc y tiene como él, un temple de epopeya.

Maximiliano no verá nunca a Juárez pero sentirá que su presencia llena en todo momento los tres años de su frágil reinado. El Presidente llevará su gobierno de un lado a otro del territorio nacional, hasta las propias fronteras estadounidenses de Paso del Norte, mientras que sus generales Porfirio Díaz, González Ortega, Corona, Escobedo y demás jefes leales, lucharán a muerte en batallas y en guerrillas, contra los invasores franceses que jamás sospecharon tal resistencia. Y el Emperador estará en México o saliendo de vez en cuando a los Estados vecinos dominados, como Puebla, Veracruz y Morelos, pero más como un deseo de conocer el país y extasiarse ante sus bellezas naturales, su vegetación ubérrima y sus climas prodigiosos, que movido por el impulso de un gobernante en acción. Porque Maximiliano, a pesar de su título y de la pompa de su corte que imita a la de Viena, será sólo un Emperador de nombre, prácticamente un relegado como lo fue de príncipe real antes de partir para México. El verdadero soberano es Bazaine que sostiene el imperio con sus fusiles. Y más que él, lo será Napoleón III al otro lado del mar, quien verá pronto que el "negocio" mexicano le cuesta ya demasiados millones de

francos y le gana críticas y censuras que hacen bambolear su propio trono. Cuando ordena la salida de las últimas tropas francesas en febrero de 1867, Maximiliano será un náufrago abandonado en un mar de fuego y sangre.

LA ELECCION

¿POR QUÉ se escogió a Maximiliano para la aventura de México?

Se pensó antes en el Duque de Montpensier, hijo de Luis Felipe, pero se le descartó, entre otras razones de carácter personal, por su parentesco con Isabel II de España. Era su cuñado y a Napoleón III, siempre sinuoso y falaz hasta con sus propios cómplices de la invasión —Inglaterra y España que en octubre de 1861 habían pactado con él en la "Convención de Londres" presentarse en México para "exigir el pago de la inmensa deuda mexicana"—, no le convenía una ingerencia tan íntima de la monarquía española en México.

No se le escapaba al soberano francés la hipótesis de que Isabel pretendiese reconquistar su rica colonia independizada en 1810 y 1821. Y, por lo demás, a la facción mexicana de infidentes, en su odio ancestral a España, le molestaba la idea de regresar al dominio colonial, aunque estuviese dispuesta al tutelaje de Francia y aceptase la intervención napoleónica y a un monarca extranjero como una salvación.

Un archiduque de Austria, en cambio, no ofrecía complicación. A Francisco José, su hermano, no le interesaba ninguna conquista del Nuevo Mundo. Estaba, pues, a salvo, al escoger a un

príncipe austriaco, de crearse un rival en su imperio francés de México.

Por lo demás, Maximiliano se encontraba a disponibilidad, siendo el más viable para aceptar el puesto que se le asignase. A más de ser católico, de observar buena conducta, de pertenecer junto con Carlota, a dos de las casas reales más respetadas de Europa en la época y, sobre todo, a ser un hombre bueno, fácilmente manejable, "un soñador para un bello sueño", como dice don Justo Sierra, el estar libre, fue la razón más poderosa para escogerlo. Maximiliano no tenía "empleo", en otras palabras. Su vida se deslizaba quieta y oscuramente en Miramar, en contradicción con su rango de príncipe de casa real. Y, por otra parte, Napoleón quería compensarlo después de que por su causa, es decir, por haber apoyado la revolución italiana, Maximiliano había perdido su mandato de Lombardía.

Así fue, pues, cómo el 10 de julio de 1863, la "Junta de Notables" compuesta por doscientos quince miembros encabezados por don Juan Almonte, el Arzobispo de México don Pelagio Antonio de Labastida, y don Mariano Salas, redactó y estatuyó la siguiente resolución:

"1.—La Nación Mexicana adopta como forma de gobierno, la monarquía moderada hereditaria, con un príncipe católico. 2.—El Soberano tomará el título de Emperador de México. 3.—La corona imperial de México se ofrece a S. S. I. y R. el príncipe Fernando Maximiliano, archiduque de Austria, para sí y para sus descendientes. 4.—En caso de por circunstancias imposibles de prever, el archiduque Fernando Maximiliano no llegare a tomar posesión del trono que se le ofrece, *la nación mexicana se remite a la benevolencia de S. M. Napoleón III*, emperador de los franceses para que le indique otro príncipe católico".

No, no hubo necesidad de que se alterase la "benevolencia"

de S. M. el Emperador de Francia a la que tan sumisamente se acogía aquel grupo de traidores, pasando por alto la invasión que tantas vidas de mexicanos había costado. Estaba escrito que Maximiliano fuese la víctima de aquella farsa monárquica ideada por un soberano codicioso y por un partido de entreguistas que, al poner su patria en manos de extranjeros, negaban para ella su independencia, iniciada a base de tanta sangre en 1810.

El 10 de abril de 1864, subieron por las marmóreas escalinatas de Miramar hasta el suntuoso salón de recepciones, los emisarios mexicanos, precedidos por don José María Gutiérrez de Estrada quien desde hacía varios años tramitaba en Europa cerca de Napoleón III y Eugenia, la instauración de una monarquía extranjera en su país.

Entregando las actas espurias del plebiscito nacional a Maximiliano y postrándose servilmente ante él, besó primero la mano del Archiduque y enseguida la de la Archiduquesa y exclamó:

¡Salud a Su Majestad Maximiliano I, Emperador de México!
¡Salud a la Emperatriz!

Una ola de orgullo y radiante satisfacción iluminó el rostro de Carlota que lucía soberbia y elegante en un bello traje de moaré blanco cuajado de pedrería y sobre el cual contrastaba el negro cordón de la Orden de Malta. Irguió más aún su altiva cabeza coronada por la rica diadema de diamantes. Era ya una reina y sus ojos, húmedos de emoción, se volvieron discretamente a mirar a su marido que en su uniforme azul de almirante donde resplandecía la condecoración del Toisón de Oro, insignia de defensor de la fe cristiana, le pareció más bello que nunca. ¡El Emperador de México! ¡Su Maximiliano!

Afuera resonó una salva de cañonazos que provenían de los

barcos anclados en el golfo. Y en la torrecilla más alta del castillo ondeó por primera vez la bandera mexicana con la corona del Imperio rematando el águila nacional.

Empezaba la gigantesca farsa que acabaría en tragedia.

VII

UN SOBERANO TRISTE

PERO en las entornadas pupilas azules del príncipe, aleteaba en contraste, su habitual melancolía. Al oírse proclamado Emperador, no exultaba de felicidad como Carlota, ni alteró su expresión cuando, extendiendo su mano derecha sobre un misal, dijo suave e impersonalmente, casi sin emoción ni entusiasmo:

"Yo, Maximiliano, Emperador de México, juro a Dios por los santos Evangelios procurar por todos los medios que estén en mi poder, el bienestar y la prosperidad de la Nación, defender su independencia y conservar la integridad de su territorio".

Y entonces, lo increíble: los mexicanos se doblegaron ante sus nuevos monarcas, conmovidos hasta las lágrimas porque un extranjero les iba a "defender" su independencia y a "conservarles la integridad del territorio", dominado desde hacía dos años por quien les procuraba ahora aquel redentor y que no era ajeno a anexárselo, cuando menos parcialmente.

Pero aquella ceremonia oropelesca, grotescamente teatral; aquellas palabras que sonaban a falso en sus labios, afectaron visiblemente al nuevo Emperador. No pudo Carlota desahogar en él su inmenso júbilo. Cuando sus flamantes súbditos hubieron par-

tido del castillo hacia su alojamiento en Trieste, Maximiliano fue presa de una crisis de angustia y tristeza profundas. Por tres días se encerró en el invernadero de Miramar, sin querer ver a nadie, ni siquiera a la Emperatriz. Y allí escribió los versos proféticos que auguraban casi su fatídico destino.

Su médico, el doctor Jilek, lo hizo reaccionar al fin. Había que visitar a Pío IX para obtener su bendición. Precisaba despedirse de su madre, la Archiduquesa Sofía quien habría de escribirle en 1866 a Orizaba, incitándolo a que se quedase en México para mantener su dignidad y cumplir con su destino. También había que decir adiós a su imperial hermano, Francisco José, que poco antes lo había hecho firmar su renuncia irrevocable a los derechos de sucesión al trono austriaco. Después, era ineludible una visita postrera a Napoleón y a Eugenia, los solícitos padrinos que aseguraban a Maximiliano haberle entregado "un trono sobre un montón de oro".

Carlota iba feliz de viaje en viaje a través de Europa. Se hizo confeccionar todo un espléndido vestuario, digno de su nuevo rango, en que predominaban los encajes venecianos y las puntas de su nativa Bruselas, las ricas sedas de color malva y rosa, o los regios brocados en blanco y oro que tan bien sentaban a su morena belleza.

En cambio él no abandonaba su melancolía ni su expresión escéptica y ausente. Quizá intuía ya que en las cortes que visitaban, algunas lenguas malévolas lo llamaban, a sotto voce, el "archiduque" (el archiengañado), en lugar del Archiduque. Tal vez pensaba también, como luego se lo dijo Castelar en una carta publicada más tarde, que otro emperador mexicano, Agustín de Iturbide, había acabado en el paredón.

O quizá presentía que los Estados Unidos, ocupados en el mo-

mento de la invasión francesa, en su propia guerra civil, no iban a reconocer jamás el Imperio; y que su influencia apoyada en la Doctrina Monroe que proscribía la intervención de Europa en América, iba a ser el factor más determinante de su abandono.

Cuando pasó por Gibraltar en abril de 1864, Castelar le envió la carta citada que debió afectarlo profundamente: "No prosigas por ese camino sembrado de precipicios, te espera un trono a tu llegada, pero como el de Iturbide, vacilante y combatido; tu trono se derrumbará en un abismo".

Y en sus oídos repercutían dolorosamente aquellas coplas que cantaba el populacho italiano a las puertas de su castillo en Trieste:

Massimiliano, non te fidare.
Torna al Castello de Miramare

Pero su destino había sido trazado. Nada detendría ya a la imperial pareja en su tragedia. Desechaban su legítima corona de archiduques a cambio de otra que iba a resultar de humo.

VIII

EL VIAJE

DESDE principios de su proclamación como Emperatriz de México, Carlota pareció ser la verdadera Soberana. Maximiliano se mostraba pasivo e indolente, abatido y triste; y no quiso recibir a las autoridades de Trieste y a las diputaciones de Venecia que vinieron a despedirse y rendirle sus respetos. Ella, en cambio, con sonrisas de triunfo, saboreando plenamente aquella gloria, recibía a todos, se multiplicaba en nerviosa actividad; acogía con orgullo mal contenido las diarias demostraciones de vasallaje que se le rendían. Era ya una reina y, en su embriaguez, preparaba el viaje a aquel país desconocido y remoto que irradiaba en su imaginación como un emporio de riqueza, como algo feérico y bellamente exótico.

Más tarde, en México, mientras Maximiliano prefería irse a comer al aire libre, o bañarse en la centenaria piscina de la Malinche, bajo las frondas de los ahuehuetes de Chapultepec, o huir de la altura y el frío clima capitalino para extasiarse con los bellos parajes de Cuernavaca, de Orizaba, o de las diversas haciendas mexicanas que le eran más gratas, ella se quedaría en el Alcázar, o en Palacio, al frente de los destinos del Imperio.

El 14 de abril de 1864, embarcaron en la fragata *Novara* rumbo a Veracruz. Iban escoltados por el barco francés *Themis*

y a bordo se encontraba un numeroso séquito que por de pronto formaba la corte imperial: Velázquez de León, Ministro de Estado; el general Woll, ayudante de campo; el conde de Zichy, gran maestro de la casa imperial; el conde de Bonbelles, gentilhombre de la corte de Austria y sobrino de María Luisa, esposa de Napoleón I; el Marqués de Coria, al servicio de la Emperatriz; el Consejero de Estado Schertzenlechner; y los señores Eloin, secretario particular, Iglesias, subsecretario de Estado, Kuchacsevich, tesorero de la corona y ayudante de campo; y chambelanes, médicos, camareros, a más de todo un cuerpo de empleados y servidores.

En Roma oyeron misa y comulgaron en el Vaticano, asistiendo después a un solemne *Te Deum*. Pío IX, al darles su bendición, les prometió atender favorablemente el conflicto religioso de México.

Carlota escribió a su abuela María Amelia, que el viaje se desarrollaba en forma muy feliz. "Me ha dado nuevas fuerzas para llevar adelante mi gran misión", decía.

La gran misión de Maximiliano y Carlota era la de acallar una erupción volcánica de un país que tenía más de cincuenta años de vivir en la turbulencia y el tormento de inacabables guerras civiles. Y la de enfrentarse a un hombre como Juárez que con su fe inquebrantable en la victoria de su causa, con su firmeza y energía a toda prueba, se erguía como un prodigio de unificación en una nación hasta entonces dividida.

El 24 de abril atravesaron el Estrecho de Gibraltar. El 28 de mayo la *Novara* avistó las costas de Veracruz y echó anclas frente a la fortaleza de San Juan de Ulúa.

Después de oír misa a bordo, desembarcaron a un puerto un tanto indiferente, a pesar de las demostraciones oficiales y a la compacta muchedumbre que atestaba los muelles, pero que sin embargo, lo vio llegar con más curiosidad que con entusiasmo.

El calor tropical era agobiante y las negras siluetas de los zopilotes que revoloteaban sobre las palmeras o descendían luego hasta la propia ciudad sin que nadie lo impidiese deben haber impresionado mal a los Soberanos porque quisieron continuar su viaje a México sin más dilación.

Por otra parte, aquel primer contacto con sus nuevos súbditos, tan ajenos al protocolo de las cortes europeas, los desconcertó un poco. Para la enhiesta Carlota debe haber sido muy molesto sudar a chorros y vivir unas horas de zozobra ante el temor de contraer la terrible fiebre amarilla que entonces assolaba la región. Y luego, ¡qué mal habían preparado los franceses al comité mexicano de recepción! Una de las señoras veracruzanas de la comitiva, acercándose con inefable candor a la Emperatriz, le preguntó: "¿Tiene usted mucho calor, Carlota?"

Maximiliano, con su espíritu liberal, con su bondad y sencillez innatas, y con aquella frivolidad característica que le hacía negar importancia hasta a las cosas más trascendentales, debe haber acogido sonriente la ingenua ignorancia protocolaria de la veracruzana. No así Carlota que esperaba encontrar cortesanos reverentes al estilo de Europa, y sólo descubrió a mexicanos de provincia, vestidos de gala como para una feria, pero bien ajenos a las formas y a la etiqueta de los cortesanos.

Se manifestaba así, irremisiblemente, con aquel acto cándido de familiaridad, que el Imperio, con todo y su pompa, no se tomaba en serio más que en la mente de los entreguistas o los invasores.

Bien pronto sabrían los flamantes Emperadores, que su corona era ilusoria y que su Imperio se levantaba sobre cimientos de cartón.

IX

HACIA MEXICO

AQUEL azaroso viaje de catorce días desde Veracruz a México, podría tomarse como un prelude de las dificultades posteriores que caracterizaron el efímero reinado de Maximiliano y Carlota. Para llegar a la capital de su Imperio, había que subir, a través de sólo doscientos setenta kilómetros, desde la tierra veracruzana al nivel del mar, hasta la meseta central, a 2,500 metros de altura. Y los caminos, en plena estación de lluvias, eran peligrosos lodazales que los hacían casi intransitables. Precisaba trepar por escarpadas montañas, ascender las empinadas cuestas de las sierras al borde de imponentes precipicios, conquistar cumbres por sobre brechas y carreteras angostas, llenas de guijarros, de hoyancos y de barro que impedían muchas veces la marcha o la demoraban a tal grado que algunos días sólo pudieron avanzar cuatro kilómetros. El más leve desliz de alguna de las ruedas de los carruajes, un paso en falso de los caballos, hubiera hecho rodar a los Emperadores al abismo.

Hubo varios accidentes en el trayecto por tierra cuando, después de abandonar el tren que entonces sólo llegaba hasta Paso del Macho, los Soberanos y su séquito continuaron su viaje en seis diligencias. El coche en que iban Sus Majestades, sufrió la rotura de un eje y, mientras se reparaba, según un autor francés, tui-

ron que transbordar a un carromato ocupado por varios oficiales franceses y algunos mexicanos imperialistas.

En el pueblo de La Soledad, a cuarenta y dos kilómetros de Veracruz, se sirvió un almuerzo a los Soberanos y su comitiva.

Aquel villorrio veracruzano, situado en las márgenes del río Jamapa, era ya histórico. Cuando después del Convenio de Londres, las naciones tripartitas —Inglaterra, Francia y España—, se presentaron en Veracruz, allí se había firmado un tratado. Venía la expedición anglo-franco-española con el pretexto de cobrar sus deudas, cuyo pago el Gobierno había ordenado suspenderse durante dos años, pero con la intención inequívoca de invadir el territorio nacional. Solicitaron y obtuvieron del gobierno del Presidente Juárez, mediante el documento conocido por el Tratado de La Soledad, que mientras se entablaban las pláticas y discusiones relativas al pago de la deuda, los ejércitos extranjeros podían emigrar de la costa hacia otras ciudades del interior, para librarse así de la mortífera epidemia de fiebre amarilla que había hecho presa ya de incontables soldados.

Naturalmente aquel Tratado fue sólo una simple hoja de papel para los invasores. Inglaterra y España, más sensatas, se retiraron, pues al ver que sus ejércitos eran recibidos con hostilidad y resistencia, y no como héroes libertarios, abandonaron la aventura. Sólo Francia que ya había premeditado la invasión desde mucho tiempo atrás, desde que Napoleón III soñó con crear un imperio francés en Latino América, permaneció en México. Pero el monarca de las Tullerías que creyó en un principio dominar aquel "país anárquico y semisalvaje" con 500 zuavos, tuvo que reforzar su expedición invasora con un cuerpo de cuarenta mil hombres.

En mayo de 1864, en que Maximiliano y Carlota almorzaron en La Soledad, es decir casi tres años después de haber desembar-

cado las tropas napoleónicas en Veracruz, sólo algunos Estados, principalmente los contiguos a la Capital, se encontraban bajo el dominio total de los franceses y sus cómplices, los monarquistas mexicanos.

La lucha no había sido tan fácil. Allí estaba la heroica defensa de Puebla del 5 de mayo de 1862, en que la victoria de Zaragoza retrasó los planes napoleónicos todo un año, dando tiempo a que, por un lado, se organizara y afianzara el desorganizado y paupérrimo ejército mexicano; y por otra, a que Estados Unidos, ocupado en su propia guerra civil, influyera con su apoyo para hacer respetar la Doctrina Monroe, inyectando nuevos ánimos a los defensores republicanos.

La empresa descabellada del Pequeño Napoleón costaba a Francia millones de francos y miles de vidas. Bien pronto, tres años nada más, Napoleón habría de comprobar con hechos, que su "negocio mexicano" había sido un rotundo fracaso. Salvaría sus tropas para campañas inaplazables como la de Sedán, que constituyeron su caída. Pero tras ellas quedaría en México una víctima: Maximiliano. Y en Europa, Carlota, ya herida de su mente por la tensión nerviosa de dos años de vicisitudes y angustias, recorrería los palacios reales inútilmente. Ni Napoleón en Saint Cloud, ni el Papa Pío IX, en el Vaticano, ni Francisco José en Schoenbrunn, o su propio hermano Leopoldo II de Bélgica, que entonces ocupara el trono a raíz de la muerte de su padre, harían nada en favor de los desgraciados monarcas. Ellos deberían pagar muy caro aquel sueño insensato de un hombre ambicioso y sin escrúpulos.

¿Lo sabían, lo intuían en aquel almuerzo de La Soledad donde, curiosos y asombrados, se inauguraron en el excitante escozor de un picante mole de guajolote y paladearon por primera vez aquel aguardiente aromado con hojas de hierbabuena?

Los peligros constantes de aquel viaje a la Capital, debieron hablarles como un presagio. Para llegar hasta la cumbre donde estaba su trono, tuvieron que sortear abismos y despeñaderos. Así habría de ser su reinado: un perenne equilibrio sobre precipicios en donde por fin, tres años más tarde, sucumbirían ambos. El, traspasado por las balas de los republicanos en Querétaro; y ella, viviendo un martirio de sesenta años de locura.